



En el camino a Emaús

La historia de los discípulos de Emaús en el capítulo 24 del Evangelio de Lucas se considera una prueba bíblica de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Narra la historia de dos discípulos que, tres días después de la crucifixión de Jesús, parten de Jerusalén hacia la vecina ciudad de Emaús, de donde procedía el discípulo Cleofás. Ambos caminantes están decaídos y desesperanzados: Jesús -su maestro y "hombre de vida"- ha sido ejecutado y su cuerpo aparentemente robado, porque la tumba que habían visitado estaba vacía. Más tarde, mientras hablan de esto en el camino, un caminante desconocido se les une en el camino. Les escucha y comienza a mostrarles las conexiones. Al anochecer, comparte el pan con ellos y desaparece de repente. En ese momento, los discípulos se dan cuenta de que el desconocido había sido el propio Jesús: sólo lo reconocen cuando ya no lo ven.

¿Cuántas veces deseamos la presencia corporal de Dios en nuestras vidas cuando estamos deprimidos y desesperados, y nuestra esperanza se desvanece? Sería bueno que Él pudiera darnos al menos una pista de su pensamiento para hacer que nuestra situación fuera diferente, para cambiar nuestras vidas, para liberarnos de preocupaciones y penurias. - La realidad es distinta, y eso es bueno, aunque a menudo no lo comprendamos. Porque si miramos más de cerca, debemos darnos cuenta de que mucho de lo que nos deprime, nos quita el aliento o la perspectiva, pudiera decirse que no es voluntad de Dios, sino hechos perpetrados por los seres humanos. Ya sea la situación actual de la crisis climática mundial, la necesidad de agua potable limpia, los movimientos migratorios y de refugiados, las guerras, la injusta distribución de los recursos, etcétera. Gran parte de esto es abrumadoramente el resultado de la codicia, la envidia, la explotación, la opresión, etc. En conjunto, es sencillamente doloroso, descorazonador. Lo que nos queda es la impotencia, el sentimiento de soledad, de abandono, de desesperanza.

Pero, ¿es así? - "Quien salva una sola vida es como si hubiera salvado el mundo entero", dice una de las obras escritas más importantes del judaísmo, el Talmud. Aunque el Talmud en la forma que hoy conocemos no existía en la época de Jesús, había precursores que eran familiares a los judíos de entonces.

Sí. Como individuos no podemos salvar el mundo entero. Hay tantas tareas y tantas obras llenas de injusticias. Pero podemos unir fuerzas, intercambiar información juntos, abrirnos los ojos y ampliar nuestra perspectiva. Y luego desarrollar ideas y arrimar el hombro donde sea necesario, donde sea útil. En lugares o zonas donde nadie está haciendo nada todavía. También, y quizá especialmente, donde nadie esperaría que los laicos católicos trabajaran por un mundo mejor y más justo. Un mundo en el que el amor de Dios llegue a todas las personas.

Esta situación de Emaús es un buen ejemplo de reconocer al Resucitado donde no lo esperaríamos. Él va con nosotros, está con nosotros en el camino, incluso cuando no nos damos cuenta. Nos invita a encontrar una y otra vez nuestro centro, nuestra conexión a tierra con Él. Y sabe de la necesidad y

la importancia de la comunidad. Porque esto nos fortalece, nos permite tener un hogar espiritual, es nuestra fuente y retiro.

La ICDS recibió el reconocimiento oficial de la Iglesia el 8 de febrero de este año. Se trata de un mandato para que formemos una comunidad real y sostenible a partir de esta comunidad, que hasta ahora existía en parte sólo sobre el papel. Los Estatutos y las Guías de Procedimiento de la ICDS, son una parte importante y necesaria para la cooperación. Pero mucho más importante es cómo nosotros, cada Salvatoriano laico individual, soplamos sobre estas líneas y hacemos que cobren vida. Mostrando lo que significa estar al frente del anuncio de la Buena Nueva, con todas las formas que nos da el amor de Cristo. La universalidad Salvatoriana es nuestra herramienta para la creatividad, para descubrir talentos nuevos o enterrados dentro de nosotros mismos que se conviertan en una ayuda para otros en sus vidas.

El mensaje de Emaús está tan vivo y es tan relevante, especialmente en nuestros días. El mundo nos necesita a los Salvatorianos laicos, como individuos y en comunidad, para encontrar las respuestas correctas a las preguntas y necesidades de la gente de hoy. Nuestro lenguaje es el amor de Dios que nos une. Para nosotros no hay primer, segundo o tercer mundo, sino sólo éste que Dios nos ha dado. Nos ha sido confiado y podemos utilizarlo, pero no explotarlo ni destruirlo.

La Semana Santa y la fiesta de la resurrección de Cristo son una invitación especial a la reflexión, a reflexionar sobre el propio itinerario vital y a reajustarse. Para ello, recordemos también la antigua oración del siglo XIV, que dice que Jesús no tiene manos, sino las nuestras, para cumplir hoy su misión. NOSOTROS estamos llamados y llamadas - oportuna o inoportunamente - a seguir las huellas de Cristo y del Beato Francisco Jordán y, como Salvatorianos, llevar el amor de Dios a todos los hombres. Íntimamente ligado a esto está la protección de la vida y la salvaguarda de la creación. Que Dios esté siempre a nuestro lado en nuestro camino misionero Salvatoriano.

El Señor ha resucitado, ¡ha resucitado de verdad! - Amén.

¡Una feliz, pacífica y bendecida Pascua!

El Comité General del ICDS